

EL REY DEL ABISMO

HERENCIA MALDITA

Alejandro López

Nota del Autor

Querido lector:

¡Bienvenido a mi mundo! Quiero darte las gracias por unirme a esta comunidad y atreverte a cruzar el umbral hacia el universo del Rey del Abismo.

Soy Alejandro López, un escritor de alma y hueso. He dedicado mucho tiempo a explorar el lado oscuro de la naturaleza humana, dando vida a historias donde la Magia es compleja, los héroes son imperfectos y el destino de reinos enteros pende de hilos llamados Ambición, Mentira, Traición y Locura.

Este Prólogo es una pequeña muestra de la saga que hay detrás: cuatro trilogías interconectadas a través de un gran villano, un universo en constante expansión donde nada es lo que parece y cada decisión tiene consecuencias épicas.

Tú opinión es el arma más poderosa.

Ahora que estás a punto de sumergirte en este vasto mundo, mi mayor deseo es saber qué te parece.

Como sabes, estoy construyendo este universo paso a paso, y tu perspectiva es vital para darle forma al destino de esta saga. Si este breve adelanto ha capturado tu interés, te ruego que me lo hagas saber.

¿Tu misión?

1. Hacerme saber qué te ha parecido este Prólogo (el tono, el mundo, los personajes, la trama...) cualquier cosa reseñable.
2. Envíame tu reseña, comentario, duda o sugerencia directamente a:
alejandrolopez@elreydelabismo.com

Estaré encantado de leerte y de responder personalmente.

Disfruta del viaje y nunca olvides cuál es tu mayor deseo.

Atentamente, Alejandro López.

Síntesis

El sol se esconde. La maldición de la noche despierta. Y el trono vacío exige su sangre.

Durante veinte años, Lysander ha vivido una mentira. Un joven tranquilo que oculta una verdad atroz: es portador de la última semilla del derrocado señor de Valaquia, Vladimir Von Markovich, el vampiro. Cuando su herencia sanguínea se desata en un acto de desesperada supervivencia, Lysander es apresado y arrojado al mundo oscuro del que su madre intentó protegerle, iniciando un peligroso viaje entre clanes vampíricos que apenas comienzan a comprender la extensión de su poder.

Surgiendo desde las sombras, la misteriosa Karliah, un monstruo de intelecto macabro, pone en marcha un plan ancestral. Con un dominio letal del engaño, Karliah desata una ola de terror sobre el reino, coleccionando los fragmentos de un Artefacto Antiguo: la Estrella de Mei're. Si logra reconstruirla, quién sabe lo que será capaz de hacer.

Mientras el caos se cierne, René Van Buyten, un retirado Vigilante de la Santa Fe consumido por el cinismo y la bebida, se ve obligado a empuñar la espada una vez más. Con el último aliento de sus hermanos caídos, René inicia un viaje de redención desesperada hacia la Abadía de San Demetrio, el último bastión de la humanidad.

Tres caminos que convergen, tres fuerzas en un choque inminente. Vampiros, humanos y una criatura nacida de la locura se dirigen a la misma fortaleza, sin saber que el juego por el trono de sangre no es una lucha por gobernar, sino una cuenta regresiva hacia el fin de los días.

¿Podrá el heredero de la sangre maldita encontrar su lugar entre la oscuridad o será detenido por el Vigilante redimido?

El destino de la noche perpetua ha sido ya sellado.

Prólogo

Cuando Viktoria abrió los ojos, empezó a ser consciente de dónde se encontraba.

En lo alto de aquella torre, envuelta en una cúpula de piedra y cristal, el aire ahí arriba era un sudario pesado y dulce, espeso con el incienso de mirra y el almizcle de la carne desnuda. Estaba atada a un altar de piedra fría, sus muñecas y tobillos ceñidos por grilletes oxidados que le arañaban la piel. Iba vestida con tan solo un fino velo transparente de terciopelo. A medida que su visión se fue adaptando a la nueva luz, se percató de que las llamas de los braseros a su alrededor parpadeaban, proyectando sombras danzantes que distorsionaban el rostro del hombre que se alzaba sobre ella. A paso lento avanzaba hacia ella. A medida que se fue acercando, Viktoria pudo descifrar con más nitidez sus rasgos. No era un hombre, lo sabía. Era Él. Vladimir Von Markovich. El rey de Valaquia. El Señor de las tinieblas. El Hijo del Diablo. Pero esa noche, sería su Amo.

Alrededor del altar, dispuestas en un círculo, tan redondo como la luna llena que se cernía sobre ellos, una veintena de vírgenes, jóvenes y pálidas, entonaban un cántico antiguo y profano. Sus voces, al principio puras y celestiales, se volvían cada vez más guturales, una armonía disonante que resonaba por toda la cúpula de la torre y se elevaba hacia el cielo como una ofrenda al mismísimo Absoluto. Cada nota era una ola que empujaba el placer de Viktoria más alto, una fuerza invisible que la penetraba y la preparaba para el ritual. Las vírgenes, con los ojos fijos en el altar, estaban concentradas, casi hipnotizadas por el poder que evocaban. Y en el centro del altar, reposando y rebosante de poder, se encontraba la Estrella de Mei're, el símbolo de su fe. Un artefacto con el poder de otorgar la vida eterna.

Un gemido escapó de los labios de Viktoria, rasgando su garganta seca. El miedo era un veneno helado en sus venas, pero había algo más. Una punzada de excitación que la avergonzaba hasta la médula de los huesos. Él la había elegido. Entre una veintena de vírgenes, ella había sido la elegida para su misión. Lo que para la mayoría habría supuesto una mancillación, para ella resultaba la mayor de las bendiciones. En el pasado, otras ya fueron bendecidas con este don y ahora era su turno. La promesa era la vida eterna. El poder de engendrar un linaje. La realidad era el rito.

Vladimir se cernió sobre ella. La luz de las velas le permitió apreciar mejor su forma y magnitud. Su cuerpo, esculpido en una perfección fría por siglos de batallas y conquistas, emergía de entre las sombras. Unos músculos definidos, fuertes y ágiles. La piel pálida del mismo color que la nieve que caía y se filtraba por la apertura de la bóveda. La presencia de su Amo era tal, que parecía absorber toda la luz del ambiente. Era poderoso, eterno, irresistible. Se acercó un poco más,

sus labios casi rozando la piel expuesta de la chica. Su aliento era gélido como el invierno, sin embargo, Viktoria sentía una extraña calidez que no habría sentido ni con el mejor amante del mundo.

Centró su mirada en los ojos del hombre: dos ascuas rojas en la penumbra la desnudaban de arriba abajo. Pero no era una mirada lasciva, de esas que había percibido en tantos paletos de su pueblo. No. Aquella mirada la desnudaba el alma, la leía por dentro y la penetraba con ternura y decisión a la vez.

Viktoria siguió recorriendo aquella maravilla de la naturaleza con la mirada, deteniéndose a contemplar cada parte de él. Cada parte de aquella perfección sombría. Y debajo, rígido y gloriosamente expuesto, el enorme miembro de su Amo; una visión que encendió tanto el terror como el deseo inconfesable en su corazón. Se mordió el labio inferior en un gesto de deseo inconsciente.

Vladimir pasó a la acción. Una de sus manos se deslizó por uno de los muslos de ella, fría como la muerte, pero extrañamente placentera. El cuerpo de Viktoria tembló de puro placer. Los ojos en blanco y un espasmo recorrió su columna vertebral como un rayo en una tormenta de verano. La otra mano, agarró su cuello, no con furia, sino con una precisión tierna. Cerró los ojos entregándose voluntariamente a su agarre. Vladimir abrió la boca y unos enormes colmillos afilados como cuchillos se asomaron entre sus labios, acercándose peligrosamente hasta su cuello; hasta su arteria. El dolor fue agudo, punzante, pero no insoportable. Sintió cómo la vida se drenaba de ella, un hilo delgado que se disolvía en la oscuridad. Y entonces, lo impensable.

Su propia sangre subió por su garganta, mezclada con la saliva corrosiva de su Amo. El sabor era ferroso, potente, intoxicante. La profanación se volvió un éxtasis cuando sus labios de juntaron y sus lenguas bailaron al mismo son. Su cuerpo, que se había sometido ligeramente a sus designios, ahora se arqueaba con voluntad propia, buscando más. Sus bocas se separaron y ella boqueó con la esperanza de que aquel momento nunca terminara. Él sonrió, un destello de colmillos en la oscuridad, y susurró palabras incomprensibles, antiguas, mientras la sangre se deslizaba por el cuello y la boca de la mujer, y la transformaba.

Los días y las noches se fusionaron en un torbellino de carne y sangre. Su mente se quebraba con cada puesta de sol y se reformaba con cada amanecer, con cada caricia. El ritual duraría tres días y tres noches sin interrupciones. Eso, si su cuerpo, su mente y su espíritu conseguían resistir. Tan solo otras cuatro vírgenes antes que Viktoria resistieron la ceremonia. Las cuatro Hijas del Amanecer Gélido con el don de crear una estirpe con el linaje Von Markovich en su vientre. Ella no fracasaría.

El gozo fue en aumento. La figura de su Amo se desdoblaba, más que dividirse, se multiplicó, al igual que el deseo y las ganas. El aire hervía con su presencia hasta que el altar estuvo rodeado por una orgía de cuerpos pálidos, músculos tensos y ojos ardientes. Cada uno de ellos, una faceta del Amo. Un miembro listo para la posesión.

Decenas de manos la manoseaban, la exploraban con una destreza milenaria. Dedos fríos y firmes recorrían sus pechos, pellizcando sus pezones erguidos, se deslizaban por su vientre, jugaban con el vello húmedo entre sus piernas. Sus cuerpos se frotaban contra el suyo, provocando escalofríos y gemidos incontrolables. Viktoria se deleitaba en la lujuria que sentía en cada roce, en la forma en que sus múltiples manos la dominaban, susurrándole promesas de éxtasis eterno.

Ella se retorció, un nudo de nervios y deseo. Arrastrándose sobre el mármol frío, por fin liberada de la piedra, con sus grilletes tintineando en una perversa melodía, Viktoria se movió con una urgencia que no reconocía. Su boca se abrió, no por sumisión, sino por una sed insaciable. Sus labios envolvieron el primer falo, grueso y palpitante, succionando con una voracidad insospechada. Sentía el sabor de su esencia, la saliva mezclándose con el sudor y la sangre. Pasó de uno a otro, cada Vladimir una nueva conquista para su boca, un nuevo miembro al que lamer y exprimir hasta dejar a todos sus Amos satisfechos.

Sus manos, sus brazos, sus piernas, incluso sus pies descalzos, se movían con una frenética necesidad de contacto. Acariciaba cada miembro que encontraba. Sus dedos contaban las protuberancias, la longitud, el grosor. Tres, cuatro... Con cada nuevo descubrimiento táctil, su deseo aumentaba. Seis, siete... Una fiebre la consumía, anhelando probarlos todos. Nueve, diez... Sentirlos todos a la vez.

Alrededor de ellos, entre las vírgenes que no cesaban en su cántico, varias de ellas sintieron escalofríos de algo más que el mero eco del ritual. Sus ojos, que antes reflejaban solemnidad y concentración, ahora se dilataban con una curiosidad febril. La respiración se aceleraba, las notas del cántico se volvían más difíciles de sostener. Punzadas de inconfundible envidia, de deseo ardiente, se clavaron en los corazones de las vírgenes. Todas veían los temblores extáticos de Viktoria, el brillo lubricado de su piel desnuda, y sintieron el irrefrenable impulso de soltar el cántico, de deshacerse de sus ropas y unirse a su hermana en el altar.

Deseaban sentir la misma depravación, la misma profanación que prometía un placer inimaginable. La elección con un propósito superior. Sus cuerpos vibraban con la necesidad de aquellos penes enormes y vigorosos, de ser también un recipiente para el Amo. Pero el rito las mantenía ancladas. Solo cantando. Solo observando.

Mientras los labios de Viktoria trabajaban sin descanso, los otros Amos se unían a la danza, empujando en cada orificio disponible. La joven sentía la piel tensarse, desgarrarse y luego sanar. Sentía a cada Vladimir gemir y gruñir con cada embestida feroz, con cada lametada dulce que terminaba con la exploración completa de su boca hasta el fondo de su garganta. No había espacio vacío. Era una marioneta de carne, estirada y penetrada hasta el límite de la existencia. Sus entrañas se convertían en un cáliz rebosante de puro placer.

Cada tocamiento era una sacudida eléctrica, un orgasmo que la llevaba al borde del desmayo y más allá. Se ahogaba en el placer, en el dolor, en la abrumadora sensación de ser poseída, completamente rota y reconstruida por el deseo insaciable de su Amo. Sus gritos eran ahora de puro deleite, mezclados con súplicas por más, por la aniquilación total de su ser. Quería más hombres, más embestidas. Quería que su cuerpo se fundiera con todos ellos, que no quedara rastro de la virgen Viktoria. Solo la esencia corrompida por el poder.

En el pináculo de la orgía, cuando Viktoria creyó no poder soportar más éxtasis, Vlad disolvió a sus clones en las sombras, haciéndolos desaparecer, dejando la sala solo con el sonido del silencio nocturno y el cántico de fondo. Quedándose a solas con la chica.

La abrupta ausencia de placer la dejó temblando, desesperada. Se abrazó a sí misma y terminó las caricias que se habían quedado a medias. Se arrastró hacia él con ojos suplicantes.

—¡Más! ¡Por favor, Amo! ¡Necesito más! —imploró. Su voz rota por la lujuria y el anhelo. Vlad sonrió, un gesto de cruel deleite.

Sin decir una sola palabra, se hizo un corte limpio en su propio antebrazo con una uña afilada. De la herida, una cascada de sangre negra y brillante comenzó a brotar, espesa y extrañamente cálida.

—¡Bebe! —le ordenó. Un susurro que era a la vez un trueno en la mente de la joven.

Viktoria no dudó. Como un corderito recién nacido y hambriento se abalanzó sobre el brazo de su Amo. Su boca se pegó a la herida y empezó a succionar con fervor, bebiendo la sangre divina. Lo que saboreó no era simplemente sangre; era el éxtasis máximo, la esencia de la inmortalidad y el poder, un placer que nunca antes había experimentado. Sus sentidos se agudizaron, su sangre recorrió sus venas como una explosión solar y su cuerpo vibró con una energía que trascendía todo lo conocido.

Con el sabor de la sangre todavía en su boca, los ojos salvajes por el nuevo poder que la inundaba, Viktoria se deslizó hasta sus rodillas y volvió a agachar la cabeza hacia el miembro duro de Vlad. Ahora, con el nuevo sabor, el placer se multiplicaba, convirtiéndose en algo ambrosial,

casi divino. Una fusión entre lo profano y lo sagrado que la elevó hasta la bóveda que los amparaba de la noche y la hacía viajar hasta las orillas del paraíso.

Con la llegada del tercer amanecer, un sol débil se filtró por las grietas de la torre. Vlad la apartó suavemente, dejándola temblorosa y exhausta en el altar. Su única figura la observaba con orgullo y satisfacción.

—Lo has hecho bien, mi amor, y ahora llevas dentro de ti mi linaje. Lo llamarás Lysander y lo ocultarás al mundo. Solo debe saber dos cosas: su nombre y la profecía. Se la cantarás cada amanecer como si fuera una nana de cuna.

Viktoria yacía destrozada, pero viva. Un torrente de energía oscura fluía por sus venas. Poco a poco aquella energía repararía lo que el rito rompió y renacería con una fuerza que jamás había tenido. Se había ganado el don. Se había convertido en una Hija del Amanecer Gélido. Una profanación consentida. Y en su vientre, la semilla de un nuevo y poderoso linaje anidado en su sangre. Una nueva era de poder, nacida de la más sublime y grotesca de las mancillaciones.

—Como desees, mi Amo.

El vampiro dejó a su amada tumbada en el suelo, descansando, asimilando el gran don que le había otorgado. El ritual había concluido, sin embargo, el tercer amanecer trajo consigo una nueva luz de esperanza. Se preparó para lo que estaba por venir.

Como si fueran una extensión de su ser, las puertas del castillo de Draculea le avisaron de que estaban siendo asediadas. El amanecer y el ritual habían mermado sus fuerzas y los Vigilantes de la Santa Fe lo sabían. Habían aprovechado el tiempo que estuvo ocupado para reunirse, esperando pacientemente el momento de mayor vulnerabilidad de la bestia. Y ahora se disponían a usurparlo para darle caza y acabar con su dominio. Sesenta largos años de gobierno sobre Valaquia que acabarían esa misma mañana. Por fin.

Los Vigilantes, envueltos en plata y luz sagrada, irrumpieron en el castillo y se enfrentaron a la oscuridad que allí dormía. Cuando la puerta cedió, la claridad matutina se deslizó dentro como un animal hambriento. La luz entró primero por las rendijas, luego por las puertas entreabiertas y, finalmente, bañó todo el patio, consumiendo a los engendros que se negaban a morir y reforzando a los hombres que luchaban por vivir.

El rey de Valaquia aguardaba en lo alto de la torre, desnudo, con la piel pálida expuesta al filo del amanecer. No llevaba más que su propia dignidad como armadura, y en sus ojos ardía una calma que no era resignación, sino desafío. El viento azotaba las almenas, arrastrando consigo el olor ferroso de la sangre que ya se derramaba en los patios. A las puertas del torreón, las concubinas

se habían movilizado para proteger a su señor con uñas, colmillos y hechizos antiguos, mientras la guerra rugía en cada piedra del castillo.

—¡Proteged la Estrella! —les ordenó Vladimir—. Si la Santa Fe la encuentra, será destruida.

Los Vigilantes ascendieron por la escalera de caracol, sus pasos resonando como tambores de guerra. Cada uno portaba armas de plata y símbolos incandescentes de su fe, y el eco de sus plegarias se mezclaba con el crujido de las armas. Cuando irrumpieron en la torre, la luz que traían consigo se expandió como un incendio, iluminando la figura del vampiro.

Vladimir no retrocedió. Con un movimiento que parecía más danza que combate, se lanzó contra el primero de ellos. Sus manos, garras de carne y sombra, desgarraron el escudo bendito, y el hombre cayó con un grito que se apagó en su garganta. El segundo levantó su espada, pero el vampiro la atrapó con la fuerza de un dios caído, quebrándola como si fuera cristal. La sangre, mezclada con agua bendita que brotó de la herida del Vigilante, chisporroteó al tocar la piel del vampiro, quemándole, pero él no se detuvo: cada herida era un recordatorio de que aún estaba vivo.

Los demás rodearon al señor de la noche, formando un círculo de luz. Sus cánticos se elevaron, y la torre entera vibró con el poder de la Fe. Vladimir rugió, un aullido que no era humano, y el aire se tornó pesado, como si la propia oscuridad quisiera aplastar a los intrusos. Se abalanzó sobre ellos con la furia de la inmortalidad cayendo sobre meros mortales: mordiscos que arrancaban la esencia vital, golpes que quebraban huesos, movimientos tan veloces que parecían desvanecerse en la penumbra y reaparecer tras los Vigilantes.

Pero la luz era persistente. Cada vez que uno caía, otro avanzaba, reforzado por la claridad del amanecer. La piel del vampiro se ennegrecía en las zonas donde la plata le rozaba, y su cuerpo se llenaba de cicatrices que ya no sanaban. Aun así, no mostró temor. Su único pensamiento era la Estrella, detrás de él, protegida por sus concubinas.

Finalmente, el aspirante a rey Alexander III, líder de los Vigilantes, portador de la cruz llameante, se abrió paso entre los cuerpos caídos. Elevó su arma hacia el cielo y la luz se concentró en la punta, como si el sol mismo hubiera descendido a la torre. Vladimir lo miró fijamente, con una sonrisa que era tanto desafío como aceptación.

—Esa espada... ¿De dónde la has sacado?

El joven aspirante a rey no respondió. Quizá por desconocimiento o quizá por temor. Fue su brazo quien habló por él, lanzando una estocada directa al corazón de la bestia.

Vladimir se detuvo al ver la espada. El resplandor dorado no era lo que lo había paralizado, sino el recuerdo: la última vez que vio aquella espada, fue el día de la boda de su hermano, décadas

atrás. El día que lo inició todo. La espada de Mijaíl, forjada para destruir lo que nunca debía caminar entre los hombres, brillaba ahora en manos de Alexander III.

El vampiro no retrocedió por miedo, sino por reconocimiento. Se dejó golpear, y el impacto lo derribó contra las piedras de la torre. La carne ardió, la oscuridad se quebró, pero la muerte no llegó. Sus ojos rojos se apagaron un instante, como si la memoria de la sangre compartida lo hubiera vencido más que el filo mismo. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Muchos recuerdos se anidaron en su mente, formando un remolino de emociones, despertando una parte de sí mismo que creía dormida... o muerta.

Alexander, joven aún, temblaba con la espada clavada en el corazón del vampiro. El golpe de gracia estaba al alcance de su mano, pero su corazón dudó. No era la fuerza lo que le faltaba, sino la convicción.

El vampiro, arrodillado y debilitado, lo miró con una sonrisa que era tanto ternura como despedida.

—Nunca estuviste preparado, Mijaíl —susurró Vlad, antes de desvanecerse en un torbellino de murciélagos que se disolvió con el viento del amanecer.

El mismo viento barrió la torre, arrastrando consigo el eco de los murciélagos que se habían desvanecido con Vlad. Las piedras aún ardían con el fulgor de la espada solar, y los Vigilantes permanecieron en silencio, conscientes de que no habían destruido al enemigo, sólo lo habían obligado a retirarse. La sombra del vampiro seguía viva, oculta en algún rincón del mundo.

—¿Por fin le hemos derrotado? —preguntó atónito uno de los Vigilantes más veteranos—. ¿Por fin somos libres?

Entre sollozos y vítores de alegría, los hombres allí presentes celebraron todavía perplejos la hazaña que creían que jamás sus ojos verían cumplir. Vladimir Von Markovich, el vampiro, había sido derrotado.

Todos celebraban menos uno de ellos. Un Vigilante que había dedicado prácticamente toda su vida a la Santa Fe y que había venido al castillo de Draculea con el objetivo, no solo de derrotar al vampiro, sino también el de encontrar a su hija robada, Maya.

—¿No te alegras, René? —le preguntó Imshael, su viejo hermano de armas.

René no respondió de inmediato. Hizo un barrido con sus ojos del escenario que habían dejado tras la sangrienta batalla. Batalla que todavía no había terminado, pues todavía una concubina, la más fiera de todas, se aferraba a la última orden que su Amo le había dado: “Proteged la estrella”. Allí estaba su pequeña, su pedacito de felicidad, su amada e inocente hija, Maya. Era la última concubina en pie. Una aberración creada de la más absoluta profanación. Su piel parecía más

mármol que carne. Sus ojos, pozos de sangre negra. No había ni rastro de la inocencia y la alegría que una vez desprendió. Ni rastro de la humanidad que una vez gozó. Aquella ya no era Maya, solo una aberración que debía ser destruida.

René avanzó con la espada temblando en sus manos. Cada paso era un tormento, cada respiración un cuchillo clavado en su pecho. Incapaz de apartar la mirada de aquella figura que alguna vez había sido su hija, se acercó, buscando una última caricia. El aire estaba impregnado de ceniza y plegarias rotas, y cada latido era un martillazo contra su corazón desbocado. Maya lo miró, o al menos eso creyó él: dos pozos de sangre negra se fijaron en su rostro, sin emoción, sin reconocimiento.

—Maya... —susurró, con la voz quebrada, como si al pronunciar su nombre pudiera arrancarla de las garras de la muerte.

Pero la joven no respondió. En su lugar, lanzó un alarido que hizo vibrar las piedras del torreón. Sus uñas se alargaron como cuchillas, y con un salto imposible se abalanzó sobre los Vigilantes. La luz sagrada que portaban se quebró ante la furia de la criatura, y dos hombres cayeron antes de que pudieran alzar sus símbolos sagrados.

René se interpuso, espada en mano, aunque cada fibra de su ser se resistía a levantarla contra ella. El recuerdo de su hija corriendo entre los campos, su risa infantil, sus manos pequeñas aferradas a las suyas, lo golpeó con la fuerza de un relámpago. Pero lo que tenía delante no era su hija: era la última guardiana de la Estrella, la aberración que Vlad había creado para proteger su legado.

—René, tienes que hacerlo. Esa ya no es Maya —oyó gritar a Imshael.

René apretó los dientes, y las lágrimas se mezclaron con la sangre en su rostro. Maya rugió de nuevo, lanzándose hacia él con las garras extendidas. En ese instante, el padre comprendió que no había salvación posible.

Con un grito desgarrador, levantó su espada y la hundió en el pecho de la criatura. El impacto resonó como un trueno, y la concubina convulsionó, atrapada entre la carne profanada y la luz de la Fe. Por un instante, sus ojos se suavizaron. La negrura se disipó y, en un destello fugaz, René creyó ver a su hija, la verdadera Maya, mirándolo con ternura.

—Padre... —susurró, apenas audible, antes de que la luz la consumiera por completo.

René cayó de rodillas junto al cuerpo que se deshacía en ceniza, sollozando como un hombre roto. Para los demás, aquello fue una victoria. Para él, la mayor de las pérdidas.

La Estrella brillaba detrás, intacta, reclamando su destino.

Ascendieron entonces hacia el altar, donde las concubinas habían caído y la Estrella de Mei're aguardaba, intacta, como un corazón palpitante de luz. El Artefacto de la Ungida Mei're era una estrella de diez puntas con forma de gema estelar: un cristal facetado de color azul intenso en el centro con reflejos que parecían contener un cielo nocturno en miniatura. Sus destellos internos recordaban al amanecer y al ocaso, símbolos de la Santa Valaquia y la Santa Markovia. Su núcleo central parecía un cristal pulido, pero con un brillo interno que no provenía de ninguna fuente externa de luz. Tan pequeña que cabía en la palma de la mano, similar a una gema grande o un relicario. Su resplandor era tan intenso que cegaba e impresionaba a los hombres a partes iguales. Los Vigilantes dudaron entre conservarla o destruirla.

La voz de Alexander trajo orden al caos que se había formado.

—La Estrella será destruida y dividida en diez fragmentos. Cada fragmento será entregado a una Abadía para ser custodiado. Los Vigilantes más veteranos se encargarán de ello. Yo me quedaré con el núcleo y se convertirá en el símbolo de mi linaje como rey de toda Valaquia.

Los nueve Vigilantes más veteranos que acompañaban al rey, René incluido, realizaron el juramento y prometieron que la oscuridad nunca regresaría mientras ellos fueran los protectores de la luz y que los fragmentos serían custodiados durante generaciones, lejos del alcance de Vladimir Von Markovich y de cualquier criatura de la noche. Así, la Estrella de Mei're dejó de ser un único poder y se convirtió en diez custodias sagradas, diez promesas de luz frente a la oscuridad.

El castillo de Draculea quedó en ruinas, marcado por la batalla y por la ausencia de su señor. Valaquia respiró aliviada, creyendo que la era del vampiro había terminado. Pero en lo más profundo de la tierra, donde la luz del sol no alcanza, la sombra de Vladimir aguardaba, debilitada pero no vencida. Y sus linajes, ahora empujados hacia la oscuridad de donde nunca deberían haber salido, aguardarían el momento de recuperar lo perdido.

Viktoria fue arrastrada entre el humo y los escombros, apenas consciente de lo que había sucedido a su alrededor. Los gritos, las plegarias y el rugido de su Amo se habían confundido en un torbellino de sonidos que se deshacían en su mente como ceniza al viento. El fulgor de la espada solar, la batalla desesperada de las concubinas contra los Vigilantes, la caída de la Estrella... todo se mezclaba en una visión quebrada, imposible de ordenar.

El amanecer bañaba las torres quebradas en un resplandor cruel, y el humo de la batalla ascendía como una oración rota hacia los cielos. Entre las almenas, solitaria, una silueta resistía todavía. Un murciélago permanecía en lo alto de la torre, inmóvil, como si aguardara una señal que no llegaba. Viktoria lo contempló con un estremecimiento: no era un simple animal, sino el último

vestigio de su Amo. Sus alas negras se abrieron lentamente, y por un instante pareció que el aire mismo se detenía para escuchar. Viktoria lo miró sin comprender, con la certeza de que algo había terminado, aunque no sabía qué. El recuerdo se desvaneció en su mente como un sueño roto. Se aferró a su vientre, a la promesa de un nuevo linaje de su Amo. Lo único que quedó fue la sensación de pérdida, un vacío que no la acompañaría para siempre.